

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN.
Pesetas Cts.

Islas Baleares, trimestre. 1'25
idem. 1'50
Provincias. 3
Extranjero. 0'10
Número suelto. 0'10
Todos los pagos anticipados

ADMINISTRACIÓN
Conquistador, 30.

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN

En la Administración y en la Librería de los Sres. Amengual y Muntaner, Cadena 2.

ANUNCIOS

En la 1.ª planta á precios reducidos.

REDACCIÓN

Constitución, (esquina S. Jaime)

La Tradición

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

—❖ DIOS ❖—

—❖ PATRIA ❖—

—❖ REY ❖—

FILIPINAS

¡Triste, tristísimo es decirlo!... A estas horas, si Dios no se ha apiadado de nosotros acudiendo en ayuda de nuestros soldados, y si los acontecimientos de los sucesos ocurridos en el archipiélago filipino siguen el fatal rumbo que las agencias marcaban en sus telegramas, ya casi será un hecho la pérdida de aquel vasto y rico territorio que nos legaron Magallanes y Legazpi.

«El silencio del gobierno daba á entender que algo patriótico preparaba», ha dicho Mella en el Congreso; y con el valiente diputado carlista decimos nosotros, y dice el pueblo español en masa, que el desengaño ha sido tremendo.

Aguinaldo, aquel cabecilla insurrecto tan mimado por el general Primo de Rivera y con el cual se concertó la paz última previas las *oportunidades* millonadas; Aguinaldo, que según el decir de la prensa y de los irresponsales liberales hasta para demostrar su sumisión á España había creído del caso obsequiarnos con unos cuantos vivas á las instituciones que según la doctrina constitucional ceden toda responsabilidad á sus ministros (aunque ahora el Sr. Sagasta la *rehuya* por lo que afecta al desastre de Filipinas); Aguinaldo, es, pues, quien acaba de reanimar (sin duda con el dinero español que recibiera) á las fuerzas rebeldes, quienes, de acuerdo con las yankées, nos han causado en Filipinas el desastre que hoy sufrimos.

¡Pobres soldados, pobres frailes, pobres españoles todos los allí inmolados! ¡Que vuestra sangre caiga gota á gota, como estigma de su felonía, sobre la frente de los liberales y masones que con su proceder y sus doctrinas os cavaron esta fosa!

¡Pueden estar satisfechos los *katipunanes* de aquende y de allende: Filipinas, al publicarse estas líneas en LA TRADICIÓN, tal vez será ya, Dios no lo permita, una república, un pueblo *libre*, teniendo sólo como esbirros á los piratas de Norte-América!

El pueblo español, más que servir para arrastrar á nadie, ha demostrado servir hasta ahora para dejarse arrastrar. Mañana..., Dios dirá.

Sin embargo, hoy más que nunca gritamos los carlistas ¡VIVA ESPAÑA!

LA REDACCIÓN.

EL CORPUS

LA EUCARISTIA

No sólo corresponde á los teólogos y á los apóstoles, sino también á los simples fieles, hablar y hablar siempre del inefable don que Dios ha hecho á los hombres. La Eucaristía nos pertenece á todos; el sacerdote que la distribuye no la posee en mayor abundancia que nosotros.

La Eucaristía es el pan de los fuertes, pero es también el pan de los débiles. El niño, con la ligereza propia de sus doce años, el enfermo en su lecho de dolor, el preso en su calabozo y el pecador arrepentido, son invitados á la sagrada mesa. El que se niega á tomar asiento en ella so pretexto de su debilidad, se parece á un hambriento que rechaza el alimento, ó también á un hombre aterido de frío, que no quiere acercarse al fuego.

Esta extraña opinión, de origen jansenista, mantiene todavía alejadas de la fuente de vida á un gran número de almas justas: pero tiende á desaparecer bajo la acción de una doctrina más conforme á los misericordiosos designios de Dios. Hoy se comprende, como en los tiempos primitivos, que si el temor es el principio de la sabiduría, el amor es su complemento.

Pero ¿dónde están los fieles consagrados al culto de la Eucaristía? ¿Su reducido rebaño no ha sido dispersado por la borrasca de la incredulidad, ó aletargado por el tibio soplo de la indiferencia?

Los fieles son realmente numerosos, llenan nuestros campos, pueblan nuestras ciudades, y si algún Nerón acometiese en serio la empresa de arrancarles la fe, darían su sangre antes que abandonarla. Pero no saben agruparse, defenderse, presentarse y afirmarse lo bastante á la vista del mundo. En las procesiones del Corpus no se ve ya concurrir en apiñadas filas á una valiente juventud vencedora del respeto humano. Estas grandes manifestaciones, que nuestra memoria nos presenta tan imponentes, languidecen, abandonadas casi por com-

pleto al conjunto angelical de los niños y á las piadosas descendientes de aquellas intrépidas mujeres, que seguían solas el camino del Calvario.

Una opinión falsa se apodera de los mejores entendimientos. Una expresión seductora hace fortuna: ser religioso sin ostentación. Este lazo es tanto más peligroso cuanto que se tiende principalmente á los hombres generosos y de nobles sentimientos. Les subleva la idea de ser acusados, aunque injustamente, de hipocresía ó de vanidad; les hace retroceder el temor de ser confundidos con fulano ó zutano, que hace gala de ser religioso aunque, según dicen muchas veces, no tiene la menor idea de ello.

Ser religioso sin ostentación. Hé aquí su ideal, y para llevarle á cabo dejarán en el aislamiento al Dios que aman con todo su corazón, á aquel cuyas leyes observan, á aquel á quien invocarán en sus últimos instantes, y á aquel que debe juzgarlos. Abandonarán á este Rey pacífico en medio de sus enemigos, que le afrentan y le insultan, y no formarán parte de su comitiva para confesarle y vengarle!

Indudablemente, lo confesamos sin trabajo, un gran número de estos cristianos reservados pueden valer más que los cofrades asiduos del Santísimo Sacramento; pueden ser más devotos, más discretos, más dulces y más respetables; pero, oh profundidad del corazón humano, ¿nos podríais revelar dónde se halla el refinamiento de la ostentación, y dónde la verdadera sencillez? Pero en último resultado, ¿qué nos importa? Preguntemos más bien dónde está el deber, dónde está el sacrificio, dónde está el amor! Y si el mundo llama hoy ostentación á lo que en otro tiempo se llamaba buen ejemplo, dejemos la jerga moderna y hablemos el lenguaje de nuestros padres.

Admitimos la ostentación, pero condenándola en el ejercicio de la caridad, cuya cualidad esencial consiste en ser secreta; la ostentación en el lujo, más impropio en el altar que en cualquiera otra parte; la ostentación también en el alarde inútil y sin motivos de una falsa devoción. Pero cuando la Iglesia nos invita á tributar un culto público y solemne al Rey del cielo y de la tierra, presente en medio de nosotros, corresponder á esta invitación, seguir sencillamente las filas de la procesión del Santísimo Sacramento, si esto se llama ostentación, se ha perdido completamente el sentido de las palabras.

Con este pueril temor llegaríamos á suprimir toda manifestación exterior de nuestra fe; y sin embargo, nada más claro que estas palabras del Evangelio: *Al que me haya confesado delante de los hombres, yo mismo le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.*

No tenemos ningún encargo, ningún mérito que nos autorice para dar esta lección á personas más instruidas, más elevadas y más dignas que nosotros. Pero cuando el soberano se presenta, ¿no se ve algunas veces al personaje de la corte decir á los grandes señores, tomándose una libertad autorizada por la urgencia: En qué pensáis, señores? ¿cómo no ocupáis vuestro puesto? ¡aquí está el rey!... Y este humilde vasallo se precipita ofreciendo, á falta de otro mejor, su asiduidad, sus servicios á este soberano desatendido, pronto á ceder su puesto á los que deberían ocuparle antes que él; y

sin embargo, nadie llama ostentación á su celo.

Toda comparación es defectuosa, pero ninguna tanto como esta. ¿Qué es un rey de la tierra al lado del Dueño de la vida y del vencedor de la muerte?

¡Oh, Jesús! Dios hecho hombre para redimirnos, Jesús realmente presente bajo las especies sacramentales, tenemos un consuelo inefable en adoraros públicamente, en seguimos, en aclamaros y en repetir siempre, para justificar nuestro atrevimiento, las palabras del real Profeta: «He creído y por esto he hablado.»

J. B.

Un manojo de recortes

FRUTOS DEL PROGRESO

En todo lo que llevamos de siglo, y llevamos 98 años, hemos estado oyendo decir que el progreso, la ilustración, la civilización, consistían en los adelantos materiales, y en los avances maravillosos de la ciencia, especialmente de la ciencia industrial y mecánica.

El ideal del hombre, su perfeccionamiento, su regeneración y glorificación en la tierra estaban en esa ciencia, en esos progresos, en la luz de las cerillas, del petróleo y la eléctrica, en el vapor del tren y en las vibraciones del fonógrafo y del teléfono.

Efectivamente, eso es la ciencia moderna, y esa ciencia esplendorosa es un bien, una perfección de los hombres, un don de los cielos á la inteligencia humana. Pero la inteligencia no es toda el alma, ni la parte material es todo el hombre. La perfección de una parte no es la perfección del todo.

¡Cuántas veces los revolucionarios, los enemigos del orden moral y de la tradición religiosa, nos han refregado las narices con la cantinela!

—Ahi están los Estados Unidos—nos decían; —es el país ideal, de instituciones libres, de suma civilización y suma cultura. Es la tierra de los inventores y de los sabios. ¡Qué trenes! ¡Qué comercio! ¡Qué tranvías por los aires, que redes tan maravillosas por los subterráneos! ¡Qué casas de veinte pisos, que pueden trasladarse como las casas del caracol de uno á otro punto! ¡Y que república tan honrada y tan integérrima!

Los que de buena fe creyesen en esas cosas, han debido sufrir ahora un desencanto horrible.

La guerra de Cuba primero, y la internacional después, han descubierto la asquerosa lepra moral de ese pueblo, y la corrupción que lleva en las entrañas. Primeramente apela á la humanidad para justificar el robo á mano armada de nuestras posesiones. En la paz comete todo género de arterias é infamias. Sus representantes llevan la piel de corderos y son lobos. Adulan primero, y luego calumnian y maldicen.

Sus poderes se constituyen en protectores de foragidos, y reclaman para ellos gracias y dinero. Su lenguaje es la fan-

farronada procáz, ó el insulto cínico é infame. Su comportamiento rufanesco, sus aspiraciones ruines y miserables.

Pero en la guerra son peores aún. Primeramente tratan de vestir de máscara sus barcos para que no les conozcan. Luego se dedican al bandidaje marítimo, pescando buques antes de declarar la guerra, bombardean sin previo aviso las ciudades, y, por último, cometen la felonía de izar en sus cruceros la bandera española.

Tiene razón el *Heraldo*: al lado de esa gente, los rifeños de Marruecos y los negros de Menelik son unos caballeros...

¡Y esa gente es el ideal humano de la civilización moderna! ¡Y esos son los hijos del progreso!

Lo que son esos infames, no cabe en el honrado vocabulario de los pueblos cristianos. Son los salvajes del progreso, la afrenta del mundo, el escarnio de la humanidad.

Son el cieno social que infesta la tierra con sus olores. Son el estómago y las concupiscencias de la bestia ahogando la moral, vida de la conciencia humana. ¡Malditos sean!

CRÓNICA GENERAL

NACIONAL

En el Manifiesto-protesta que contra los ataques de que han sido objeto los frailes de Filipinas han publicado los Procuradores de las Ordenes religiosas, afirman que la situación actual de la isla es infinitamente peor que al estallar la insurrección.

Dicen que si el Gobierno y las Cortes consideran que la misión de las Ordenes Religiosas en Filipinas ha terminado, ellos se retirarán de aquel Archipiélago que regaron con su sangre y en cuyos habitantes han vertido los frutos de su saber enseñándoles á amar á Dios y á su patria, porque prefieren antes mil veces la muerte que mermar en lo más mínimo el santo territorio de la patria.

Terminan diciendo que Filipinas sólo pueden ser regidas por leyes especiales; que la autoridad de las Misiones ha de mantenerse, si se quiere conservar aquel territorio, y por último sientan este dilema: O los masones para perder las islas, ó los Religiosos para continuar siendo español aquel vastísimo territorio.

D. Emilio Castelar, verbo de la *democracia dinástica*, y, por tanto, gran poseedor de los secretos de la política interior, ha hecho declaraciones que publica la *Petite Revue International*, y de las que tomamos estos párrafos:

«La crisis política interior continúa; y esta crisis alcanza hoy á personas más elevadas que los ministros, y á instituciones más altas que el Ministerio. Un telegrama de Viena, transmitido por la vía de Londres, sobre los proyectos que se atribuyen á la Regente, ha motivado esta crítica situación. Corre, en efecto, el rumor muy insistente, y si no admitido, comentado por toda la prensa de Europa, de que la Reina Regente se dispone á dejar el poder para que una nueva regencia se sustituya á la de ella, á fin de proveer á las necesidades públicas y resolver los problemas pendientes en esta materia, la Reina considera imposible firmar una paz rápida y deshacerse de un pedazo del territorio español, sin correr graves riesgos por su origen y por su carácter de extranjera.

Este movimiento que se produce entre los parientes de María Cristina es idéntico al que se produjo entre los parientes de María Antonieta, y en Palacio más que en la calle, la Reina se llamó «la Austriaca».

Los ministros niegan la veracidad de este rumor; pero no pueden hacer otra cosa.»

A propósito del artículo del Sr. Castelar, tienen miga los siguientes comentarios de la prensa madrileña.

Dice *El Imparcial*: «No era por la reina regente, herida como madre y como reina, por quien ayer

sentían la mayor pena los hombres de corazón; no era por España, que en las horas supremas por las cuales atraviesa hoy, hállase con que en su ayuda no trae más que esas miserias quien fué un día su hijo predilecto; era por D. Emilio Castelar, que pudo ser una de las grandes figuras de este siglo, y parece empeñado en que no le sobreviva su gloria.»

De *El Correo Español*:

«Nos agrada sobremanera ver en los liberales, en los progresistas, esos pujos caballerescos propios de la raza española. Porque la historia no decía nada de esas cosas. La historia no pintaba ni ha pintado nunca á esos hombres con semejantes respetos ni escrúpulos.

En los ochenta años que llevan los liberales mandando, han tenido en el trono á tres mujeres: doña Cristina de Nápoles, doña Isabel y la actual doña Cristina de Austria. Han tenido, además, dos niños: la citada doña Isabel y el actual niño don Alfonso.

Pues de las tres mujeres, á dos las expulsaron groseramente, y denigraron é infamaron su memoria con las más soeces imputaciones.»

El *Siglo Futuro*:

«...aquellos caballerescos progresistas, que tuvieron por jefe un día á Espartero, el que tan finamente se portó con doña Cristina de Nápoles; y otro día á Olózaga, el que tan delicadamente y con tan buenas formas cogió la mano de doña Isabel para que firmara un célebre decreto; y en días memorables á Prim, el agradecido paladín de los Borbones; y pocos días después á Serrano, el que tan fiel fué á doña Isabel, á D. Amadeo y con tanta galantería despidió á doña María de la Victoria, sintieron sublevadas sus conciencias monárquicas, agitados sus corazones hidalgos y heridos en lo más vivo sus sentimientos de lealtad dinástica, y airados derriban el pedestal para hacer de la deidad adorada el mayor ludibrio y ponerla como no se pone el más asqueroso guijapo.»

Por último, escribe *El Nacional*:

«En primer lugar, es cosa que pasa ya de castaño oscuro esto de que no sea lícito la crítica de la regencia, porque no es de caballeros molestar á las damas. Tan señora era doña Isabel II y se la dejó en mitad del arroyo, y no sabemos que *El Imparcial* entienda que la revolución de Septiembre fué una fechoría de villanos malnacidos. La mujer que se arriesga á funciones de hombres, debe arriesgarse asimismo á sus consecuencias. Las faldas que no sean un obstáculo para el desacierto ni un paracaídas en la desgracia, no pueden ser bandera de que se ampare la irresponsabilidad. No parece sino que los españoles no tenemos madres ni hermanas, y que aquí no hay más mujer que la reina, á la cual tenemos que rendirnos todos por lo estupendo del caso, más que por ninguna otra razón de propio mérito.

»Esto aparte de que el Sr. Castelar no ataca ni en poco ni en mucho á doña María Cristina. Dice que en Palacio se la llama la Austriaca, y es verdad.»

Con bastante razón se ha dicho que la guerra que sostiene España contra los Estados-Unidos es guerra de Religión. Varios datos, algunos de ellos aportados por nosotros, lo prueban. Desde luego el hecho de que la Masonería se interesa por el triunfo de los yankees queda demostrado en documentos y artículos que han visto la luz en estas páginas.

Nuestros lectores pueden recordar que en Charleston y París se pusieron de acuerdo masones y luteranos para apoyar decididamente á Mac-Kinley (individuo de la logia «El Altar Místico»).

Tenemos hoy otras pruebas confirmando esta verdad. A las declaraciones francas y cínicas de adhesión al gran *Cochino* que hacen los hermanucos, y al deseo que sienten de que triunfen los secuaces del tío Sam y de que sea vencida España, hay que añadir otros datos. En Londres se han reunido los *pastores evangélicos* de Inglaterra, ofreciéndose al masonazo Mac-Kinley á marchar á Filipinas y sustituir á las Comunidades religiosas que tanto se sacrifican por sos-

tener el honor español en el Archipiélago. Y en el mismo Londres trabajan las sectas protestante y masónica con el objeto de producir en España un nuevo cisma que afloje los lazos religiosos que unen á la mayoría de los españoles y la divida en la cuestión de la guerra con los yankees; y al efecto se ha formado una Junta presidida por el arzobispo anglicano de Salisbury, en la que figurarán el apóstata *pae* Cabrera y el célebre garibaldino Campollo, que han recibido cuantiosas sumas de dinero para ejecutar proyecto tan ruin y diabólico.

Podemos ratificarnos, pues, en nuestro aserto de que la presente guerra es de Religión, y así lo van conociendo muchos, no sólo en España, si que además en el extranjero; hasta el punto que lo dice ya, entre otros, con toda lisura el Rdo. Provincial de la Orden Capuchina en Toluca de Francia en estas frases: «La guerra es de Religión; guiados por la banca cosmopolita, se han unido la Masonería y el Protestantismo, y una vez más van al asalto contra la Cruz y la Iglesia católica; no se busca otra cosa que la dominación de las naciones protestantes que, para tener sujeto al mundo, tratan de aplastar á las naciones latinas y á la fe católica.» Y en España lo ha dicho con toda franqueza el venerable Prelado de Guadix en este precioso párrafo: «La lucha está empeñada entre la Masonería, la incredulidad, el odio al Catolicismo y la rabia del judío por un lado, y la justicia, el honor, la fe católica y el derecho por otro... Esto es nuestra bandera; y todo aquello, la divisa repugnante de los Estados-Unidos.»

DE PALMA

Concurridísima sobremanera estuvo la procesión de rogativas organizada el domingo último en esta capital con objeto de impetrar del Altísimo, por intercesión de los bienaventurados mallorquines San Alonso Rodríguez y beatos Ramón Llull y Catalina Tomás el triunfo de las armas españolas sobre los enemigos de nuestra fe y de nuestro derecho.

¡El éxito de la procesión fué tal, que basta citar como ejemplo el que pretendiera ridiculizarla y quitarle importancia un papelote republicano, órgano á lo más de unos cuantos infelices que tienen la poca virtud y la menos decencia de renegar de la fe de nuestros antepasados y mofarse de paso de la grandísima mayoría de los mallorquines que, á Dios gracias, no piensan al igual!

En nuestro estimado compañero *El Vigía Católico* de Ciudadela encontramos lo siguiente:

«Una poesía.—Con el mayor gusto insertamos á continuación una hermosa composición poética, debida á la inspiración de la señorita D.^a María Mercadal y Ribot, paisana nuestra, cuya composición se repartió en elegante tarjeta entre las alumnas del colegio de la Pureza de Palma, como recuerdo del mes de las flores, que acabamos de pasar:

Á MARÍA

María, pura azucena,
La flor del valle olorosa,
Escucha hoy bondadosa
La tiernísima oración
Que te dirigen tus hijas
Que te suplican de hinojos
Calmes, Madre, los enojos
Del Divino corazón.

España yace abatida,
Todo parece perdido,
Tan sólo un débil latido
Se oye de su corazón,
Latido que se dirige
A Ti, Madre de dulzura,
Y te ruega con fe pura
Que seas su salvación.

Nuestro pecho dolorido,
De esperanza un solo rayo
Vé en Ti, ¡oh Rosa de Mayo!
Que lo llena de alegría;
Y sale de nuestros labios
Con indecible fervor,
Un grito de fe y de amor:
¡Inmaculada María!

Detalle. La autora de esta tierna composición, después de haber cursado la carrera de Maestra y obtener el título

superior de Instructora con las mejores calificaciones, hallándose en lo más florido de su edad y mientras el mundo le brindaba con fascinadora perspectiva, acaba ella de pedir á sus señores Padres el consentimiento para entrar en Religión y consagrarse á la enseñanza en calidad de religiosa del mismo Colegio de Palma, en donde ha permanecido algunos años para dedicarse á los estudios de su carrera. Que Dios bendiga tan generosa resolución.»

Lo mismo decimos nosotros.

Leemos en un periódico de provincias: «Blasco Ibañez (el diputado republicano, masón y librepensador) ha pedido en el Congreso que se reduzcan los gastos eclesiásticos.

Lo que debiera pedir era que los que se llevaron la caja aquella de Badajoz fueran *reducidos*.

Y sería más práctico.» Nosotros no lo sabemos; pero parece que esto es un modo de señalar muy intencionado y nada honroso para el *ex-mio* diputado.

Podrían los *unioneros republicanos* de la localidad sacarnos de dudas?

El lunes último se cumplió el primer aniversario del fallecimiento del ilustre literato mallorquín Sr. D. Mariano Aguiló (q. e. p. d.). Con tal motivo el *Ateneo Barcelonés* de la vecina ciudad condal acordó descubrir dicho día el busto del finado que debe figurar en el salón de la Biblioteca de dicha sociedad, revistiendo de gran solemnidad aquel acto.

A propósito del mismo, leemos en nuestro estimado compañero el *Correo Catalán*:

«En el Ateneo Barcelonés

»Anoche á la hora anunciada tuvo lugar la solemne velada necrológica dedicada á honrar la buena memoria del distinguido poeta mallorquín don Mariano Aguiló y Fuster (q. e. p. d.) En el salón de actos reunióse lo más distinguido de las letras catalanas; y la Excm. Diputación y Excmo. Ayuntamiento estaban debidamente representados.

»Tras breves palabras del señor secretario don José Rogent, el laureado poeta y «Mestre en Gay Saber» Rdo. don Jaime Collell, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Vich, se levantó á honrar la memoria del finado. En elocuentes períodos y frase eminentemente regional hizo un acabado bosquejo de los méritos de don Mariano Aguiló, á quien se debe el renacimiento de nuestra literatura catalana. El Rdo. Collell, que era interrumpido á cada paso en sus brillantes párrafos con muestras de aprobación, fué aplaudido extraordinariamente al final de su bellissimo trabajo.

»Leyéronse luego sentidas y entusiasmadas poesías encaminadas al mismo objeto y que también fueron recompensadas con nutridos aplausos. El señor presidente dió las gracias á cuantos tomaron parte en el acto y al escultor que supo interpretar el pensamiento. Al lado de la presidencia y colocado en elevado pedestal veíase la estatua del malogrado señor Aguiló, de exacto parecido.

»La concurrencia, que era numerosa, se retiró muy satisfecha de la velada, y buena parte de ella fué antes á estrechar la mano del M.ltre. señor canónigo Collell y á felicitarle por su inspirado discurso.»

VARIETADES

EL PRÓJIMO NEGRO (CUENTO)

I

Cuando Blas Torremocha volvió en sí, encontróse tendido en tierra, con su traje de rayadillo empapado en sangre. Reconoció rápidamente al tacto todo su cuerpo y no encontró ninguna herida. Entonces respiró con fuerza y dijo:—Gracias, Virgen del Pilar, y se puso en pié.

Muy cerca de él yacían muertos dos compañeros suyos, Juan Terrones y Pedro Castilla, bravos mozos que, con To-

rrremocha, habían peleado desde que empezó la campaña.

Blas se acercó á ellos, convenciéndose de que sus corazones ya no latían, y arrojándose luego entre los dos cadáveres rezó un *Padre nuestro*.

Después miró alrededor: todo era soledad y silencio; sólo turbó éste un momento el relincho de un caballo que agonizaba.

Blas sintió miedo por primera vez en su vida y corrió; corrió como un cobarde, él que era tan valiente, por entre la manigua espesa y sin saber á donde iba.

Cuando el cansancio le rindió, y fué pronto, sentóse en el suelo y procuró, aguzando el oído, percibir algún rumor, algún toque de corneta, alguna voz, algo en fin que le indicase la proximidad de un ser viviente, aunque fuera enemigo. Nada, ni el viento, sonaba entre la espesura de los árboles seculares.

Amedrentado todavía, pero más tranquilo al convencerse de que por entonces no le amenazaba ningún peligro, sin darse cuenta de por qué sus ropas se hallaban teñidas en sangre, empezó á pensar y supuso que en la acción donde al ser atropellado por la caballería enemiga se desmayó, le habrían creído muerto dejándole con los otros soldados.

¿Dónde estaban los suyos? ¿Habían salido victoriosos ó vencidos? Más probable era esto, á juzgar por el abandono de los cadáveres y por el número de leales, mucho menor al empezar la refriega que el de los rebeldes.

¿A dónde iba Torremocha solo, sin armas y rendido por la fatiga? Caía la tarde, y el temor de la noche cercana le decidió á levantarse y andar.

Al poco tiempo un resplandor vivísimo que iluminaba el horizonte y nube de humo espeso y oscuro llamaron la atención del soldado, que se detuvo un instante. Al cabo se resolvió á seguir y vió á lo lejos una casa que ardía. En los alrededores no se veía á nadie; la misma soledad y el mismo silencio, sólo turbado por el chisporroteo de las llamas, que habían hecho presa en la techumbre de la vivienda.

Acercóse á ésta Torremocha, con la esperanza de encontrar alguna persona, y entonces se oyó clara y distintamente el lloro de un niño. No vaciló un momento; se acercó á la puerta, que ya lamían las llamas, y penetró.

En la habitación más próxima á la entrada, dentro de una hamaca se revolvía llorando una criatura muy pequeña.

—¡Corcho!—exclamó Blas,—¡si es un negrito!

Los brazos extendidos para salvar al niño, quedaron inmóviles un instante; pero bien pronto el soldado sacó de entre las llamas á la criatura, y con ella en brazos salió de la casa, cuyo techo se derrumbó con estrépito, convirtiéndose toda la vivienda en un montón de humeantes escombros. Un segundo más de vacilación y Torremocha hubiera quedado entre las ruinas.

Cuando se vió en el campo con el niño, que había cesado de llorar y le miraba atónito con sus grandes ojos negrísimo, en los que se pintaba el instintivo estupor del peligro, Torremocha no pudo menos de exclamar:

—¡Recontra! ¡Qué feo eres, hijo mio!

En efecto, el chiquillo, muy chato, con la cabeza sin pelo todavía, no tenía nada de hermoso.

—¡Pues no berrea poco!—decía el soldado con el muchacho en los brazos.—¿Y qué hago yo con él?

Sentóse otra vez en el suelo, colocó sobre sus rodillas al negrito que seguía llorando, y como sentía hambre, arrancó unos boniatos de un plantío cercano, y para que se asaran los echó entre unos maderos que ardían.

Acostó luego al chiquillo sobre un haz de hierbas. Allí se revolvía llorando cada vez con más fuerza, sin otro abrigo que una camisilla de tela rayada blanca y azul.

Tendría la criatura ocho ó diez meses, á juzgar por su desarrollo, y Torremocha la contemplaba con lástima y sin saber qué hacer.

Cuando los boniatos estuvieron asados y empezó á comérselos, le ocurrió la idea de introducir en la boca del niño un poco de la dulcísima pulpa, que el negrito paladeó y tragó con ansia.

—Vaya, vaya,—pensó Blas;—ya veo que éste tenía tanta hambre como yo.

Siguió comiendo y haciendo comer al niño, que dejó de llorar, y cuando hubo satisfecho su apetito, viendo que ya era noche pensó en dormir.

El pequeño lloraba otra vez; pero no ya con aquellos gritos rabiosos, manifestación sin duda del hambre, sino con esos gemidos sin lágrimas que exhalan los niños cuando tienen sueño.

—Este carbonero —dijo el baturro—no va á dejarme dormir con sus berrios.

Y mitad por egoísmo, mitad por lástima, se acostó con él sobre la hierba, y canturreando para arrullarle quedóse profundamente dormido con el negrito en brazos.

II

Y lo que soñó el pobre Torremocha es digno de ser referido.

Durmióse el soldado pensando en la fecha de aquel día, 24 de Diciembre, y al entregarse al sueño, rendido por el cansancio de la jornada, recordó que aquella noche era Nochebuena.

Torremocha, aragonés, vió su pueblo, donde á aquellas horas casi era seguro que estaría nevando, pues por esos días caían siempre las grandes nevadas, y la imaginación le hizo retroceder algunos años, muy pocos, porque no tenía más que veinte de edad, y se vió chiquillo, con su calzón de pana y sus calzas agarbanzadas, y sintió el zorongó que le oprimía las sienes.

Iba por las calles tortuosas y empinadas del pueblo, cogido á la falda de percal de su madre que le decía:

—Anda chiquío, anda de prisa, que no vamos á llegar á la Misa del Gallo.

Oía redobles de tamboriles y voces que atronaban, villancicos y rasguear de guitarras y coplas de jota, mezclado todo, confundido en esa penumbra del sueño que hace ver las imágenes borrosas y percibir los sonidos como ecos.

Entraron en la iglesia, que estaba llena de gente y muy alumbrada con velas y lámparas: allá en el fondo de la capilla de la Virgen vió, como tantas veces en su niñez, el Nacimiento que el señor cura presentaba todos los años para asombro, devoción y regocijo de los feligreses.

Allí estaban los montes de corcho nevados, el palacio de Herodes, la senda por donde bajaban los Reyes Magos, la pradera verde, llena de pastores y zagalías con sus ovejas, figurillas menudas, pero nunca olvidadas por el baturro, y en la parte más baja el portal de Belén, y dentro San José y la Virgen y el Niño Jesús en el pesebre, y á los lados la mula y la vaca medio acostadas sobre la paja amarilla, y encima de todo esto la estrella de metal resplandeciente, suspendida del pabellón de damasco carmesí con franjas de oro que servía de dosel al Nacimiento.

Todo, todo lo vió Torremocha lo mismo que cuando era niño, y recreábase en la contemplación de tal maravilla, cuando de pronto dió un grito al reparar que el Niño Jesús, aquel que estaba en el portal, no era como siempre blanco, sonrosado y rubio, con ojos azules, sino negro, muy negro, con la cabellera rizada y los ojos grandes y relucientes como dos cuentas de azabache.

Sí, no cabía duda: el Niño Dios era

negro y miraba á Torremocha y se sonreía, enseñando entre los labios rojos unos dienteclillos muy blancos...

El soldado se estremeció, sintiendo algo así como una delicia interior inexplicable, y abrazó con más fuerza al negrito, mientras se desvanecía en oscurísima sombra la sagrada visión del sueño.

III

Era ya de día cuando Torremocha despertó al oír que hablaban junto á él, y se vió rodeado por ocho ó diez insurrectos que, machete en mano, le miraban amenazadores.

Incorporóse rápidamente el soldado con el niño en brazos todavía, cuando destacándose de la línea de rebeldes uno de ellos, negro, fornido y alto, se acercó á Torremocha, le arrebató con violencia la criatura, y dijo así:

—¿Quién te ha dado este niño? Vamos, responde pronto:

—Nadie,—respondió el soldado poniéndose en pié:—lo saqué yo de esa casa que se ha hundido y que estaba ardiendo. Le oí llorar, entré, le ví, me dió lástima y le salvé.

Los rebeldes se miraron unos á otros, el negro entregó á un mulato el niño que aún dormía, y dijo:

—Toma; llévaselo á su madre.

Y volviéndose luego á Torremocha, añadió:

—A esta criatura que es mi hijo, le debes la vida.

—Pues... déjeme usted que le dé un beso antes que se lo lleven.

Bésale y vete. Con este papel irás sin peligro hasta reunirte con los tuyos... si no prefieres venirte con nosotros. En este caso te daré lo que pidas.

Torremocha miró al negro de arriba abajo, besó á la criatura, cogió el papel y girando sobre los talones marcialmente dió media vuelta y dijo:

Abur, y gracias.

Oye,—le gritó el negro cuando ya se alejaba,—no olvides nunca que debes la vida á un niño moreno.

—No lo olvidaré,—contestó el soldado;—pero recuerde usted también que su hijo le debe la vida á un blanco.

Internóse luego el soldado entre la espesura, y decía para sus adentros:

El carbonero me ha salvado, no hay duda; pero de todas maneras yo hice bien en lo que hice: al fin y al cabo es un prójimo... aunque sea negro.

Y con la íntima satisfacción del que ha cumplido su deber, siguió por la manigua cantando una jota. M. R. C.

—Sin ese maldito bofetón, todo podría arreglarse.

—Si yo hubiera pedido cuenta del ultraje sin ultrajar, dijo Carlos, habrían seguido riéndose. Así, pues, ni he estado demasiado vivo, ni me he alucinado. ¿He pegado desde el principio? ¿Qué es lo que hice? Me quejé con moderación; hablé con indignación, pero francamente y con justicia; y ninguno tuvo una palabra para defenderme. En vez de esto, me gritaron, me silbaron, me contestaron con burlas. Si el mismo Fargeolles no hubiese impuesto silencio, ni aún habría podido concluir lo que dije. Bertaut, soy aspirante de marina, y quiero que se me respete como á tal.

—Escuchad, Pierremont, dijo el jefe del puesto; mi obligación es dar parte de lo ocurrido al segundo, pero me he conducido mal con vos, y me arrepiento; vengo, pues, á suplicaros que me perdonéis y á ponerme á vuestras órdenes, asegurándoos que en lo sucesivo no haré nada que pueda disgustaros.

—Os doy gracias, Bertaut, dijo Pierremont, tendiéndole la mano; pero ya es tarde para que deis una queja inútil, que os comprometería sin evitar el duelo. Servidme de testigo, encargáos de mi honor, según las reglas acostumbradas...

—Pero y si yo pudiera alcanzar un arreglo, observó Bertaut.

Por una felicidad inesperada, Carlos encontró todo lo necesario para escribir en la duneta, donde los timoneles de servicio consignan, hora por hora, el diario de á bordo.

¡Dichosamente había un rincón donde estar solo; un rincón donde escribir; un rincón donde llorar!...



vela del marqués de Sade, empezó á hojear el libro.

Carlos se había refugiado en la proa, donde abrió la caja que contenía los cordones de oro encerrados en la bolsita bordada por Egle.

Aun cuando no conocía la misteriosa abnegación que le valiera aquel presente, sus violentas emociones se aumentaron al verlo; y deseó besar aquella bolsita, donde reconocía la labor de su prometida; deseó dejar correr sus lágrimas.

¡Pero ay! ¡ni un rincón donde llorar!...

Una multitud de marineros le rodeaban y observaban con admiración.

—¿Por qué el señor Pierremont desempaqueta unos cordones de alumno de primera clase en la proa y no en el puesto?

La pregunta era natural.

Carlos leyó temblando la carta de su madre en la que le pedía que refriese la verdad toda.

—¡Dios mío! ¡Luego no he sabido ocultar mis sufrimientos! ¡Mi madre los ha adivinado, y vive inquieta, desgraciada!... ¡por culpa mía!...

Nuevamente se llenaron sus ojos de lágrimas, y profundos sollozos se ahogaron en su garganta; pero le estaban mirando, espiando tal vez. Dejó de sollozar y aparentó enjugarse la frente para secarse disimuladamente las lágrimas.

CORREOS

Nota relativa á las salidas y entradas de los correos de esta Capital.

Salidas

Lunes, dos tarde, para Barcelona (vía Sóller).
Martes, cinco tarde, para Barcelona (directo).
Miércoles, nueve mañana, para Ibiza y Valencia; y dos tarde, para Mahón (vía Alcúdia).
Jueves, ninguna.
Viernes, cinco tarde, para Barcelona (directo).
Sábados, nueve ma.^a para Ibiza y Alicante.
Domingos, dos tarde, para Barcelona (vía de Alcúdia.)

Entradas

Lunes, nueve mañana, de Barcelona (vía de Sóller); y de Mahón (vía de Alcúdia).
Martes, nueve mañana, de Ibiza y Alicante.
Miércoles, nueve ma.^a de Barcelona (directo.)
Jueves, diez mañana, de Barcelona (vía de Alcúdia).
Viernes, dos tarde, de Ibiza y Valencia.
Sábados, nueve ma.^a de Barcelona (directo).
Domingos, ninguna.

Servicio directo entre Mallorca y Menorca

De Palma para Mahón, los sábados, 5 tarde.
De Mahón para Palma, los martes, 5 tarde.

DILIGENCIAS

Puntos de parada y horas en que salen las diligencias correos de esta capital para los pueblos del interior de la isla.

Pueblos	P. de paradas	HORAS	
		Salidas	Llegd.
Andraitx.	Pelaires 98	2 tarde	7 m.
S' Arracó.	Pelaires 98	2 "	7 "
Capdellá.	Santacilia	2 "	8 "
Calviá.	Santacilia	2 "	8 "
Esporlas.	P. del Olivar	2 "	9 "
Establiments.	P. del Olivar	2 "	9 "
Estalenchs.	P. del Olivar	2 "	9 "
Bañalbufar.	P. del Olivar	2 "	9 "
Puigpuñent.	P. del Olivar	2 "	9 "
Valldemosa.	S. Miguel, 84	2 "	8 "
Deyá.	S. Miguel, 84	2 "	8 "
Sóller.	S. Miguel, 80	2 "	8 "
Buñola.	S. Miguel, 80	2 "	8 "
Lluchmayor.	Bauló, 6	2 "	8 30
Santañy.	Bauló, 6	2 "	8 30
Campos.	Bauló, 6	2 "	8 30
Sansellas.	P. de S. Antonio	2 "	8 30
Sta. Eugenia.	P. de S. Antonio	2 "	8 30
Felanitx.	Mercaial, 13	2 "	6 m.
Algaida.	Mercadol, 13	2 "	6 "
Montuiri.	Mercadal, 13	2 "	6 "
Porreras.	Mercadal, 13	2 "	6 "

Ferro-Carriles

Servicio de trenes para viajeros que regirán en los caminos de la Compañía desde el 10 de Noviembre de 1897.

De Palma hasta Manacor y Felanitx, á las 7'40 mañana y 6'25 (mixto, entre Empalme y Manacor y Santa María y Felanitx), tarde.
De id. hasta La Puebla, á las 7'40 mañana, 2'30 y 6'25 (mixto desde Empalme) tarde.
De Manacor hasta Palma, á las 4 (mixto, 6'30 mañana y 5'15 tarde).
De Manacor hasta Felanitx y La Puebla, á las 6'30 mañana y 5'15 (mixto en los ramales) tarde.
De Felanitx hasta Palma, Manacor y La Puebla, á las 6'40 mañana, 12'15 (mixto hasta Santa María) y 5'25 (mixto desde Empalme) tarde.
De La Puebla hasta Palma, Manacor y Felanitx, á las 6'55 mañana, 1 y 5'25 (mixto hasta Empalme) tarde.

ÚLTIMAS COTIZACIONES

MADRID

Aduanas	76'00
Filipinas	52'00
4 p ^o perpétuo interior.	45'85
4 p ^o exterior.	60'90

4 p ^o amortizable	57'75
Cubas (90).	48'00
Cubas (86).	58'00
Banco de España	327'00
Tabacos	202'00
Francos	84'50
Libras	46'70

BARCELONA

4 p ^o perpétuo interior.	00'00
4 p ^o perpétuo exterior	00'00
4 p ^o amortizable	00'00
Cubas (86).	00'00
Cubas (90).	00'00
Ferro-carriles del Norte	00'00
Paris	00'00
Francias	00'00

PALMA

Crédito Balear	59'00
Cambio Mllorquin	3'00
Fomento Agrícola	70'00
Ferro-Carriles de Mallorca	40'00
Almbrado por Gas.	81'00
Salinas de Ibiza.	220'00
La General Mallorquina	00'00
Bonos Municipales	35'50
La Isleña Marítima.	58'50
B. de P. y Caja de Ahorros	00'00

ANUNCIOS

Establecimiento
Tipo-Litográfico

Amengual y Muntaner

Librería
y Encuadernaciones

Esta casa que puede considerarse la primera de Palma en su clase, por la extensión de sus negocios y por la multitud de ramos á que se dedica, sirve á sus numerosos parroquianos con presteza y moderación en los precios, cuantos encargos se le confían.

Se hacen toda clase de trabajos tipo-litográficos sean de la clase que fueren: acciones para sociedades de crédito, títulos nominativos y al portador, láminas de emisión de valores, billetes de Banco, bonos y demás que abrazan las operaciones financieras, pudiendo hacerse estos trabajos á diferentes tintas hasta el número de diez. Tarjetas para visita, de infinita variedad de clases: imitación de marfil y madera con canto dorado, de luto, de medio luto con modelos de varios caprichos y ordinarias con emblemas de las profesiones que se quieran. Talones de todas clases y modelos para la recaudación del impuesto de consumos. Esquelas y tarjetas de defunción de numerosa variedad en clase y estilos. Toda clase de impresiones para Ayuntamientos, Juzgados de instrucción y municipales, Correos, Obras Públicas, Empresas mercantiles, Comercios, Tiendas de despacho cualquiera sea y servicios caseros. Rótulos y etiquetas para envases de vinos, licores, confituras, aimibares, frutas en conserva y toda clase de elaboraciones de comestibles y líquidos; se imprimen con tinta negra ó de colores ó á varias tintas: también se trabajan para cajas de calzado y para usos análogos. Facturas de la clase, tamaño y forma que se pidan impresas con tinta común ó con tinta comunicativa. Carteles de todos tamaños para anuncios de funciones de teatros, toros, salidas de vapores, fiestas públicas y espectáculos de todos órdenes. Estos carteles pueden ser impresos tanto á una sola tinta como á varias, con emblemas ó sin ellos. Entradas, prospectos, programas, invitaciones y demás documentos propios para propaganda ó anuncio de dichas funciones, bailes y espectáculos caseros. Circulares para casas de comercio y para los particulares, hojas sueltas, anuncios para repartir á domicilio. etc., etc.

Los trabajos se presentan al finalizar el plazo señalado para su terminación.

Conquistador, 30; Maimó, 9 á 11 y Cadena, 2.--Palma de Mallorca.--Sucursal en Inca: Rectoría, 12

¡Ni un rincón donde llorar!...

La carta llena de alegría, ternura y confidencias de Egle, le hizo sentir una emoción aún más penosa. ¡Se mostraba Egle tan feliz con el regalo de los cordones!... ¡Rebosaba tanta dicha cada una de aquellas líneas!

Aquella carta habría arrancado lágrimas al corazón más insensible.

Carlos no pudo reprimirse por más tiempo: sus lágrimas volvieron á brotar, y apoyándose en la amura, inclinó la cabeza hacia el mar. Más de cien marineros le rodeaban.

Gaussard, el gaviero, bravo muchacho como el que más, murmuró entre dientes:

—Parece que el señor Pierremont ha recibido muy malas noticias.

Cuando Carlos volvió á erguirse, había logrado vencer su emoción, y releyó con forzada calma las cartas de su madre y de su prima, ahogando nobles suspiros y pensando en su desafío.

Esperaba al testigo de Fargeolles, y Bertaut, el jefe del puesto, fué el primero que se le aproximó.

El débil niño tuvo la energía de mirarle con frialdad, sin dolor ni cólera aparente.

Bertaut tomó la palabra en tono de amistoso reproche.

—Mi querido Pierremont, le dijo, habéis estado demasiado vivo...

—Mucho tiempo, durante tres meses, he vivido sobrado paciente, repuso.

insultos que de él recibí. Si fuera preciso empezar de nuevo, lo haría sin vacilar, señores.

—Toda esta palabrería carece de sentido común, dijo Filipart. Hablemos del duelo.

—Eso compete á Bertaut y Sergette, que son mis testigos; apruebo de antemano lo que resuelvan; y os dejo solos, señores.

Carlos se alejó confundido entre los marineros, interín que sus amigos iban á buscar á Sergette.

La tripulación amaba á Pierremont por su dulzura, su juventud, su inteligencia en la marina y su bravura.

Gaussard le vió sentarse á la parte de estribor, apoyar la cabeza entre las manos y quedar mudo, pensativo y triste, como la muerte.

—El buen señor Pierremont tiene penas y no puede permanecer en el puesto de los aspirantes. Tal vez su madre está muy enferma ó acaso ha muerto. ¡Da pesadumbre ver á tan lindo joven tan abatido!

Había desaparecido el sol en el horizonte, y la luz de los alumnos se apagaba indispensablemente á las ocho.

La última campanada hizo estremecer á Carlos.

—Es indispensable que yo escriba á mi madre, á mi Egle, á mi amigo Julio, antes de ir á exponer la vida... ¿Pero cómo hacerlo?... ¿Cómo?

—Confieso que no veo el medio, replicó Carlos. Nada me repugna tanto como el duelo, pues es contrario á mi moral, á mis principios religiosos y hasta á mi razón; aun cuando mate á Fargeolles, no por eso quedaré satisfecho, y seré aún más desgraciado. Si Fargeolles me mata ó hiere, tampoco habrá remediado su mal proceder para conmigo. El duelo es absurdo, pero hay momentos en que es de una necesidad absoluta, una fatalidad inevitable.

Bertaut suspiró, y después de un momento de silencio, añadió:

—Fargeolles ha elegido dos testigos, Filipart y Montaix: ¿quién es el otro que me designáis por compañero?

—Sergette, replicó Carlos; y á falta de este el que queráis.

Filipart y Montaix se reunieron en este instante á Carlos y al jefe del puesto.

Carlos se negó redondamente á dar esplicaciones de ninguna clase.

—En vez de concederlas ni aún verbales, dijo, yo las exijo públicas...

—Sin embargo, dijo Montaix, si Fargeolles consintiera en pedirte perdón de los agravios que te ha hecho, ¿le imitarías tú respecto á las demás?

—¡No! ¡no! ¡nunca! dijo Carlos. Antes ni después, no, no reconozco haber hecho mal alguno. Si me pide perdón, renunciaré al duelo; pero ha merecido el bofetón por mil